

El Carrusel

Por Helena Charles

[Honfleur. Viejo Puerto. Carrusel del puente levadizo]

El día se levanta y las calles están vacías. Un hombre llega a lo lejos, vestido de un abrigo café oscuro grueso cerrado apretadamente hasta su cara, de la que se entrevé la punta de su nariz enrojecida por el frío, y de un gorro negro bien ajustado sobre su cabeza y sus orejas.

Camina lentamente hacia el carrusel, y una vez que llega a él se detiene un segundo para observarlo. Inspira profundamente una vez el aire frío de la madrugada y se dirige hacia la cabina, en donde en cuestión de pocas horas llegarán los primeros niños a comprar sus tiquetes para dar una vuelta de carrusel. Ya instalado en su silla, contempla la pintura de las paredes de la cabina, que con los años y la humedad se está separando progresivamente de ellas. Así como su juventud. Rasga al lado de la ventanilla de la cabina y se desprenden pedazos pequeños de pintura beige que caen como una llovizna de estrellas encima de su escritorio. Las retira rápidamente con la mano y tras tres sacudidas, se inmoviliza, su mirada fijada en la única fotografía que tiene. Estrecha la mano hacia ella, pero no la agarra. En lugar de eso, con la mano todavía en el aire, observa al hombre diez años más joven que era, sonriente e ingenuo cortando un listón rojo al lado de la alcaldesa de ese entonces. Alza la mirada y observa a través de la ventanilla al carrusel, todavía apagado frente al viejo puerto y un cielo que poco a poco se va aclarando.

Suspira. Sale de su cabina con un balde lleno de productos de limpieza y un trapeador en la otra mano. Todavía sin luz de día, el hombre se dispone a lavar el carrusel y tras un momento aparecen los primeros rayos de luz. Hecha el trapo que tenía encima de su hombro, recoge el material y desaparece atrás de la cabina. El día se levantó, y el hombre reaparece, alzando la cabeza al cielo. No hay nubes, y puede observar el cielo azul, un lujo para Normandía. Sonríe, se estira y prende el carrusel, que se ilumina instantáneamente y se pone a girar. Es un carrusel espléndido. De esos carruseles de dos pisos de color beige crema y marcos decorativos rosa vivo cuya forma recuerda

a los marcos que adornaban muebles antiguos. La música es la de un típico carrusel, dando la sensación de estar en el circo. El cintillo de las luces con el movimiento del carrusel se asemeja a un arcoíris constante. Tiene ocho caballos de varios colores que suben y bajan a lo largo de un tubo, dos peonzas en las que los niños giran hasta marearse, un avión, un automóvil de carreras antiguo, varios animales inmóviles y un rincón romántico en el que dos bancos se hacen frente en un carruaje abierto sobre los costados.

Mira con satisfacción a su carrusel, y regresa a su cabina, en donde toma asiento y prende la radio. Abre el periódico, lo lee todo y se dispone a esperar a un primer cliente. Y espera. Espera. Espera. Las luces y giro del carrusel lo hipnotizan, pero se puede ver una cierta melancolía en sus ojos. *Toc-toc*. Sin comprender qué rompió el hechizo, el hombre mira a través de la ventanilla, pero no hay nadie. Se inclina hacia adelante para mirar a la derecha y a la izquierda, pero todavía no ve a nadie. *Toc-toc*. Esta vez, pega su frente a la ventanilla y mira hacia abajo. Un niño lo mira fijamente a los ojos y le enseña una moneda. Le pide un tiquete, le entrega la moneda y con los brazos detrás de su espalda, le sonríe enseñándole todos sus dientes esperando su respuesta. El padre del niño aparece a lo lejos, aprobando con la cabeza y sentándose en uno de los bancos que rodean al carrusel. El niño toma el tiquete y corre hacia el carrusel, subiendo ágilmente encima de Ronan, el caballo blanco más grande. La alegría del niño conmueve al hombre, y cuando el niño termina su tiempo y se prepara a bajar del carrusel, le hace señas indicándole la peonza. El niño entiende y se instala rápidamente en ella y empieza a hacerla girar. El padre del niño se acerca para pagar el precio del tiquete al hombre, pero éste se reusa y sonríe viendo la felicidad del niño, cuyas risas son la expresión viva de las del Principito.

Poco a poco, varios niños se acercan al carrusel, curiosos, y el carrusel ya no para más. Gira y gira continuamente con cada vez más niños que se apresuran a comprar tiquetes. Un vendedor de algodón de azúcar se instaló al lado de su cabina, dejando por hoy desierto su lugar habitual en la plaza principal de la ciudad. Jean está feliz. El niño y su padre se acercan a él, y juntos se toman una foto con una cámara instantánea. Le regalan la foto a Jean en agradecimiento por su generosidad, y el niño se despide con un abrazo. Al final del día, Jean apaga el carrusel,

pero deja las luces prendidas, iluminado por un momento más en la noche al viejo puerto. Regresa a su cabina y, satisfecho de su día, coloca la foto del niño alado de la foto de la inauguración del carrusel y lo contempla, brillando en la noche, sonriendo.

[Honfleur. Viejo Puerto. Carrusel del puente levadizo]

El día se levanta y las calles están vacías. Un anciano llega a lo lejos, vestido de un abrigo verde oscuro grueso cerrado apretadamente hasta su cara, de la que se entrevé la punta de su nariz enrojecida por el frío, y de un gorro amarillo bien ajustado sobre su cabeza y sus orejas.

Camina lentamente hacia el carrusel, y una vez que llega a él se detiene un segundo para observarlo. Inspira profundamente una vez el aire frío de la madrugada y se dirige hacia la cabina. Las paredes fueron pintadas hace unos años de color amarillo pálido, y su silla ahora cuenta con un cojín y una manta para cubrir sus piernas en los días más frescos. Dos pequeñas fotos están colgadas atrás de su silla. Saca el material de limpieza y se dirige hacia el carrusel. Lo limpia con cuidado, y al terminar ya es pleno día, con un sol que vislumbra descaradamente en el cielo azul. El hombre sonríe, hace mucho tiempo que no veía un día tan espectacular. Prende el carrusel, que en los últimos veinte años no ha perdido una gota de su belleza gracias a los cuidados de Jean. Regresa a su cabina y se instala y espera. Espera. Espera.

Pasado el medio día, un señor con su pequeña hija se acercan al carrusel. Jean se endereza en su silla y busca los tiquetes con aprehensión. ¡Su primer cliente en días! La niña suelta la mano de su padre y corre hacia la ventanilla, y a pesar de que él le está sonriendo y saludando, alza su pequeño puño hacia la ventanilla. *Toc-toc*. Sonríe y con las manos detrás de su espalda espera que su padre la alcance. Cuando llega, busca en sus bolsillos, saca un par de billetes y compra cien tiquetes, para la gran sorpresa de Jean. Éste le entrega los tiquetes con la boca entreabierta,

todavía sorprendido. La niña corre al carrusel y se sube encima de Ronan, el gran cancel blanco. El padre permanece cerca de la ventanilla y se gira hacia Jean. Ve las fotos colgadas atrás de él, y sonríe. Señala la foto y a él consecutivamente, y Jean entiende. Sobresalta de la emoción y sale de su cabina para abrazarlo. El niño de la foto, ¡es él!

Varios niños aparecen poco a poco y el niño, ahora adulto, les ofrece tiquetes. Un vendedor de helados se instaló al lado de su cabina, dejando por hoy desierto su lugar habitual en la plaza principal de la ciudad. El carrusel cobra vida una vez más, girando y girando sin parar, y el niño y el anciano miran el espectáculo parados uno al lado del otro. El niño ahora adulto tiene la mano dentro del bolsillo de su abrigo, colocada sobre una pequeña cámara.

[Honfleur. Viejo Puerto. Carrusel del puente levadizo]

El día oscurece y las calles se vacían. Jean, vestido de un abrigo azul oscuro grueso y de un gorro gris bien ajustado sobre su cabeza y sus orejas, camina alrededor del carrusel, asegurándose que todo esté en orden. Deja las luces prendidas y se instala en su cabina, con una manta encima de sus rodillas. Regresa a ver las tres fotografías colgadas atrás de su silla, cada una enmarcada en un fino cuadro de madera, y se atarda en la tercera, en la que una niña subida en los hombros del niño ya adulto sonríe y señala un tiquete con una mano y a él con la otra. Hoy no hubo niños, pero Jean mira las luces del carrusel a través de la ventanilla que a su costumbre iluminan al viejo puerto, y sonríe.

[Ahora vemos a través de los ojos de Jean a través de la ventanilla al carrusel y al viejo puerto en la noche. Las luces del carrusel se apagan.]